

MERCADO COMUN Y COMECON

LA Organización de Cooperación Económica Europea se fundó en 1948, entre dieciséis naciones del continente, para recibir y administrar los dólares enviados por el Plan Marshall, iniciado ya en la doctrina Truman que permitió la intervención económica y militar (política, naturalmente) en Grecia y en Turquía. Fue denunciada por el bloque soviético como instrumento del capital monopolista de los Estados Unidos para dominar a los pueblos; su réplica fue, meses después —en enero de 1949— la creación del Consejo de Ayuda Mutua Económica, o Comecon, de los países comunistas. Suponía la división del mundo en dos bloques económicos, consagrando la división económica y militar de la guerra fría. De un costado de la OCEE nació la Comunidad Económica Europea, o Mercado Común, que fue de nuevo condenada por la URSS. El Mercado Común sería la reunión de unas oligarquías, en estrecha cooperación con los Estados Unidos, con finalidades no solamente comerciales, sino políticas: las de consagrar la división de Europa. El hecho de que el Comecon de los países comunistas de Europa haya pedido ahora contactos con la Comunidad Económica Europea avanza, como otros numerosos acontecimientos recientes, hacia el saldo de la operación de división del mundo.

EL Comecon no es, naturalmente, una réplica del Mercado Común, ni tiene las mismas finalidades, ya que en la doctrina comunista el Mercado Común es, como queda dicho, un instrumento capitalista de dominio, y el Comecon aparece como una organización libre. No prevé más que la cooperación y la colaboración recíproca o, como dice su nombre, la ayuda mutua. No pretende llegar a un final supranacional, sino a armonizar las diversas producciones de sus países miembros. En un principio, esa organización de la producción servía los intereses de la URSS; más tarde se derivó realmente hacia la cooperación. Algunas de sus realizaciones: la unificación de los medios de transporte, en una especie de banco donde todo pertenecía a todos, el centro de distribución eléctrica de Praga, el oleoducto llamado «de la Amistad» destinado a repartir el petróleo de la URSS entre todos los países afiliados. Sin embargo, los países miembros se sentían atados dentro de la organización a la hora de reconvertir sus economías o de modernizarlas. Algunos de ellos —Rumania, Checoslovaquia— habían celebrado conversaciones previas con vistas a una cooperación con el Mercado Común.

EL Mercado Común, la Comunidad, está buscando como se sabe —con la lentitud que imponen algunos de sus miembros, especialmente Francia— la creación de una verdadera entidad política europea. Es un principio muchas veces discutido, o vuelto del revés: el de la necesidad de una simbiosis entre lo político y lo económico. A una política determinada corresponde una economía determinada. Se sabe, porque incluso en España es una cuestión que se manifiesta con alguna frecuencia, que hay quien cree que lo primordial es construir una determinada economía floreciente y satisfactoria, y que a partir de ella se elaborara un sistema político acorde. Las opiniones contrarias sostienen que una economía sin una dirección política determinada conducirá exclusivamente al predominio y privilegio de las clases poseyentes, y que la política que se desprenda después no hará más que consagrar ese dominio. Esta era la principal objeción que los partidos comunistas europeos presentaban hacia el Mercado Común y les hacía combatirlo y negarlo, al mismo tiempo que se encontraban así con las doctrinas soviéticas que le consideraban instrumento de la guerra fría. Por el contrario, los socialistas eran partidarios, en la creencia de que la Comunidad serviría finalmente de instrumento de un nacionalismo, y también porque se adherían sin reservas a lo que podía

ser anticomunismo y antisovietismo. El final del desbloqueo de los partidos comunistas en Europa coincidió, de manera natural, con el de la URSS por Estados Unidos y las potencias occidentales. Todo ello formaba parte de la guerra fría, la guerra fría se estaba acabando y se resolvía regresar a algunas situaciones próximas a la II Guerra Mundial: es decir, a la unión de fuerzas que habían combatido contra el fascismo. En Francia, más concretamente que en ningún otro país europeo, los partidos socialista y comunista, con otras formaciones menores, decidieron un programa común y una unión electoral. El partido comunista francés, y al mismo tiempo otros europeos, abandonaron sus posiciones contrarias al Mercado Común. Por el contrario a lo que habían mantenido hasta entonces, decidieron que su participación en las instituciones europeas —como el Parlamento— podría ser beneficiosa para las poblaciones de Europa. Se trataba de que la construcción de la Comunidad tuviera

En negro, países del Mercado Común; en gris, países del Comecon.



sindicatos que defendiesen a los trabajadores frente al capital, de que el Parlamento estuviese formado por partidos políticos y las izquierdas pudieran dejar oír su voz. Efectivamente, la lucha de clases propia de la doctrina comunista mal se podría hacer con instrumentos que no respondiesen al nuevo planteamiento internacionalista y de empresas multinacionales creado por el Mercado Común.

AL mismo tiempo, la URSS comenzaba a retirar su enemistad a la organización, ya indestructible. Y a aproximarse a ella. En marzo de 1972, Kossighin anunciaba ya a los sindicatos soviéticos que ciertos hechos económicos de la Europa occidental podían ser admitidos por la URSS y los países comunistas, a condición de que sus propias realidades económicas les fueran reconocidos por ellos. Por su parte, el Mercado Común anunciaba ya su necesidad de entrar en relación con el Comecon. Había sido consecuencia de las actitudes de algunos de sus miembros y de sus aliados. El final de la guerra fría era, entre otras cosas, una apertura de mercados. La necesidad de la URSS de aumentar su industrialización con la tecnología y las inversiones extranjeras, sumándolo a su propia ciencia —que en ciertos campos, como el de la investigación espacial o el del armamento, muestra una finura igual o superior, a veces anticipada, a la de los Estados Unidos— alucinaba a los países occidentales (y al Japón, entre otros) capaces de colocar sus productos en un mercado amplísimo, cuando el occidental estaba siendo saturado por la sociedad de consumo elevada al grado máximo y los países del tercer mundo, enormemente necesitados de todo, no podían compensar por otros medios el esfuerzo de inversiones. En la conferencia de jefes de Estado tenida en París en octubre de 1972, que Francia intentó retrasar o bloquear por miedo a que sus tesis centralistas fuesen desbordadas, sobre todo por el parlamentarismo inglés y nórdico que acaba de integrarse en la organización, se llegó a la idea recogida en el comunicado de que los países del Mercado Común tendrían «una política unificada comercial con respecto a los países del Este a partir del 1 de enero de 1973». Más aún: «Los Estados miembros se declaran resueltos a promover con respecto a esos países una política de cooperación fundada sobre la reciprocidad». La respuesta es la decisión del Comecon de entrar en contacto con la Comunidad, tomada el mes pasado en la reunión que se celebró en Praga, y comunicada ahora a Bruselas por intermedio del ministro de Asuntos Exteriores de Luxemburgo, que ha estado en Moscú. En un principio, se trata de una cooperación en los temas de «política monetaria, inversiones y cuestiones fiscales». Naturalmente, surgen ya objeciones y dificultades por parte de los países del Mercado Común.

UNA de estas objeciones se refiere a sus propios textos de apertura. En ninguno de ellos se habla —como podrá observarse por las citas anteriores— de relaciones con el Comecon, sino con los países comunistas. Si la definición es ambigua, debajo de ella se entiende el deseo de que el comercio o los acuerdos de inversiones puedan hacerse con cada uno de los países, no con una totalidad que tiene ahora una fuerza cifrada en 330 millones de habitantes, extendidos en veinticinco millones de kilómetros, a los que se atribuye la capacidad de producción del 30 por 100 del mundo entero (y dentro de ella, un 70 por 100 atribuido a la Unión Soviética). Se teme, por otra parte, que esta aproximación hacia el Mercado Común del Comecon sea producto de la nueva y fuerte amistad y cooperación con los Estados Unidos. Es decir, que si por una parte los acuerdos con el Comecon consagrarían la dependencia económica de los países comunistas pequeños con respecto a la URSS, sin posibilidad de cambiarla por su aproximación individual al Mercado Común, por otra la URSS podría terminar actuando más en favor de los Estados Unidos —por el acceso a la Nixon Round— que de la Europa continental. La Comunidad Europea, entre los dos gigantes, y negociando con los dos, tendría que temer que sus decisiones estuvieran finalmente inspiradas y decididas por ellos.

SERIA el castigo a su lenidad y a su renuncia a crear una verdadera Europa unida, no sólo en los negocios, sino en las poblaciones y el espíritu político común; pero puede que sea también inevitable. Si Europa no acepta esta cooperación, que puede llegar a la larga nada menos que a la Integración de la Comunidad y el Comecon, una vez que los dos organismos modificaran sus estructuras para hacerse más similares de lo que son hasta ahora, se exponen a que la URSS busque sus salidas económicas directamente hacia Estados Unidos, dejando a Europa enteramente burlada. Europa occidental ha servido de instrumento de los Estados Unidos en la guerra fría, y ahora se encuentra con que la paz hecha por encima de su cabeza la deja subordinada y con poca capacidad de decisiones. Cuando se acepta ser instrumento, hay que aceptar el destino instrumental.

EL REFERENDUM EN LAS DICTADURAS

El referéndum de Grecia y el de Filipinas, celebrados simultáneamente, tienen un mismo denominador. Sin prensa libre, sin partidos políticos, sin oposición organizada —solamente clandestina—, un referéndum no tiene significación alguna. Se saben sus resultados de antemano. El Presidente Marcos puede obtener la Presidencia vitalicia de la República y la indefinida prórroga de la ley marcial que le permite gobernar solo y aplastar a sus enemigos políticos, Grecia puede convertirse en República dictatorial, sin que los referendums consigan vencer ni en el interior ni el exterior. Se pueden buscar algunos paralelos más entre los dos países: están viviendo situaciones heredadas de la guerra fría y agudizadas por el «deshielo». Grecia fue el primer baluarte de la política de contención americana en Europa, en la zona del Mediterráneo y las fronteras del comunismo: con su dinero y sus tropas anuló una oposición que había nacido de la lucha contra los alemanes —o que venía, naturalmente, de más atrás— y permitió la creación de unas estructuras férreas. La reducción de la guerra fría hizo pensar a los griegos que podían zafarse de esta dictadura y proclamar un cierto neutralismo, pero el momento no había llegado, y ante los avances electorales la dictadura se cerró más con el golpe de los coroneles y la ayuda de los Estados Unidos, que tenían más interés que nunca en la zona mediterránea por el conflicto del Oriente árabe y la nueva presencia de la flota soviética en la zona.

En Filipinas, dominada ya por los Estados Unidos, la guerra mundial y la invasión japonesa produjeron también la creación de una resistencia y la esperanza de una independencia mayor; igualmente fue anulada y sometida a una serie de dictaduras. El final de la guerra de Vietnam, equivalente en aquella zona asiática a la terminación de la guerra fría —acontecimiento que ha producido en países con mayor independencia, como Australia y Nueva Zelanda, la implantación de Gobiernos socialistas—, dio nueva fuerza a la oposición; y tampoco había llegado el momento. Estados Uni-

dos sigue apostando al Presidente Marcos.

Con alguna mayor finura política, puede creerse que son dos opciones distintas. En Filipinas el referéndum tiende a hacer aumentar la presión y la represión, mientras que en Grecia el referéndum se quiere encaminar hacia una nueva Constitución más abierta, unas elecciones generales y un Parlamento. Si se adelanta un poco más en la llamada finura política veremos que vuelven a desaparecer esas diferencias. Constitución, República o elecciones no representan más que un disfraz aceptable para la dictadura, un procedimiento para que en el Consejo de Europa no haya rechazo y para que los aliados occidentales —Estados Unidos— puedan decir que su ayuda va a un régimen abierto. La única posición abierta frente a la dictadura griega es la que ahora mantiene el Rey Constantino desde el exilio de Roma, sin olvidar nunca que fue precisamente el Rey y la Corte los primeros que abrieron paso, aun contra su voluntad, a quienes habrían de derrocarles poco después. Constantino creyó en un principio que el movimiento democrático que se alzaba podría llegar a ser republicano, se amparó en unas defensas, y esas defensas resultaron ser las republicanas. Esta República proclamada por referéndum va a servir únicamente para limpiar al país de los enemigos de derechas del régimen establecido, por los mismos procedimientos por los cuales eliminó los enemigos de la izquierda. El proceso en curso contra los jefes militares —principalmente marinos—, acusados de complot en favor de Constantino, prueba que la dictadura no se entenece lo más mínimo por los compañeros de armas que le ayudaron a establecer su régimen.

Sobre estos países marginales y fronterizos, en zonas donde todavía juega la guerra fría, pesa un destino difícil y largo. Como sobre los países del Tercer Mundo. Los beneficios del deshielo y de la paz fría que está comenzando van a países de mejor situación geoestratégica, y posiblemente estos beneficios estén ya calculados sobre la desgracia de los otros.